



DIVAGACIONES SOBRE LA AMISTAD



Nos ha visitado estos días nuestra buena amiga la Gripe, que como de costumbre nos recomienda breve reposo en cama y paciente resignación.

Resulta curioso cómo vuela la imaginación en estos estados fisiológicos anormales y la machacona insistencia con que ciertas impresiones o ciertos pensamientos acaparan nuestra atención excitados por la fiebre.

Por ejemplo, no sé por qué razón llevo todas estas horas barajando consideraciones sobre la amistad. Se me aparece este concepto como uno de los sentires importantes que hacen vibrar el espíritu de todo hombre. Es el contrapunto de la soledad.

La amistad o el amor de amigos es un amor específicamente definido que se superpone y prepondera a veces sobre otros amores aparentemente de mayor categoría, lo que hace frecuentemente necesitar en ciertos momentos que padres y cónyuges manifiesten este amor de amigos con preferencia a sus otros afectos naturales. ¡Qué sólo hemos visto a veces a semejantes nuestros en momentos difíciles de su incipiente vida al fallarles el padre-amigo y encontrarse sólo al padre!

Tan gran altura tiene esta modalidad del amor, que hasta en su forma más mediocre: la amistad superficial, cumple la no pequeña función espiritual de suavizar de amabilidad el áspero engranaje de la convivencia social. Lo triste es que por causa de la misma elevación espiritual de este sentimiento, lo mismo que es muy grande la satisfacción que en nuestra alma produce esta amistad, es también impresionante el vacío que deja en ella un fracaso en estos afectos.

Una de las mayores tristezas que afronta el hombre es la primera vez que comprueba la existencia de seres humanos, que del mismo modo que si tuvieran una determinada ineptitud física, poseen la incapacidad moral de encariñarse con los demás, dejando resbalar en su insensible cobertura espiritual años de trato cordial y de convivencia. En su alma pequeñita sólo se grabó tu presencia como un objeto más de los muchos que cotidianamente intervienen en la vida, y que son necesarios, pero indiferentes.

Es cierto que el sentimiento puro de amistad exige una comunicación espiritual y de trato, que hoy día va quedándose confinada al estrecho círculo familiar, ya que con la actividad enfermiza con que ahora nos movemos no hay mucho tiempo para estos intercambios considerados altruistas.

Sin embargo, no se crea que es el continuado trato el mayor generador de la amistad. Pues de la misma manera que excelentes obras de arte escénico alcanzan su elevación con sólo convenientes y acertadas pinceladas artísticas, son también pocas las pinceladas de afecto, suficientes para mantener viva esta forma tan noble y desinteresada del amor. Pero pasa que, a pesar de su sencillez de mantenimiento, es difícil su primera instauración. Y cada día lo va resultando más. Y la causa que todos conocemos, puede condensarse en ese anticristiano latiguillo que dice «...cada uno va a lo suyo», que lamentablemente cada vez se va empleando con mayor acento de disculpa.

Consolemos a los generosos del amor que tan expuestos están a llevarse sinsabores y desengaños, haciéndoles meditar y que hagan suyas estas preciosas palabras con que termina un verso de un poeta toledano:

...y es que no sabes que las almas buenas
por expreso designio del Señor,
no piden recompensa cuando aman
que les basta su amor.

* * *

Es seguro que alguien que leyere las consideraciones que anteceden, dirá: Gran ingenuidad hablarnos ahora de un tema tan viejo como el diluvio, lamentando cosas que suceden desde tiempos de Adán.

A pesar de ello no creo baldío lo escrito, y vaya en mi disculpa la fiebre que le despoja a uno de esa dura energía en la que nos cobijamos y nos escudamos para el cotidiano bullir, y nos deja por tanto el ánimo dispuesto para hablar de cosas tan desusadas como el amor al prójimo.

Y digo esto por si algún jovencito siente en sí la noble efusión de este amor, que sepa que en correspondencia, a veces, recibirá la misma sensación espiritual del hielo que sentiría en su cuerpo si anduviese en bañador en las lejanas tierras de los esquimales, pero eieve el ánimo y siéntase pagado en su goce íntimo de sentir el bien.

GONZALO PAYO SUBIZA

